

SIGNOS ESPERANZADORES

Atentos, pues, a la evolución de los acontecimientos en nuestra región, queriendo descubrir el paso de Dios por nuestras comunidades, observamos signos esperanzadores:

Hemos incrementado nuestra colegialidad episcopal en la Región Pastoral Pacífico Sur.

Se ha incrementado la sensibilidad social ante los problemas que afectan al hombre y a la mujer de nuestro tiempo, particularmente de quienes pertenecen a las clases más desprotegidas. Crece la conciencia de la dignidad y los derechos de los indígenas y ellos mismos son cada vez más actores de su propia evangelización y desarrollo.

En nuestras Diócesis existe un notable aumento de vocaciones al sacerdocio y nuestros seminarios diocesanos tienen un considerable crecimiento. El diaconado permanente, la vida consagrada y misionera se han fortalecido. Se incrementan los ministerios laicales y el apostolado seglar.

Se fortalece y actualiza el trabajo organizado de nuestra pastoral por medio de Sínodos Diocesanos, Planes Orgánicos, Asambleas, Plenarios y Talleres. Crece la conciencia sobre la proyección social de la evangelización.

Con apoyo de organismos eclesiales, se buscan alternativas comunitarias en la medicina natural, en el mejoramiento de tierras y semillas, en la producción orgánica y en el fomento de nuevos hábitos alimenticios.

Se hacen esfuerzos por una acción conjunta interreligiosa por la paz.

Si miramos con los ojos de la fe, como cristianos, el camino que últimamente ha recorrido la humanidad, no podríamos decir que ésta en su globalidad vaya dando pasos regresivos. Quince o veinte años hace, no se podría hablar como ahora:

de un sentido de corresponsabilidad histórica que hoy sentimos generalizado;

de una percepción y asunción del sufrimiento del otro, como parte del propio sufrimiento;

de la sensibilidad de las gentes más sencillas que lamentan su situación, sabiendo que deben unirse para ser sujetos de su historia;

del poder de convocación que van teniendo los más humildes, escuchados por quienes se dejan interperlar en sus planteamientos teóricos, para responder a los desafíos de los más aplastados de la sociedad;

de una convicción de la urgencia y posibilidad de construir el tipo de comunidad humana que necesitamos, más que poner paliativos o correctivos secundarios a lo inaguantable de la situación presente.

Mensaje

Los Obispos de la Región Pastoral Pacífico Sur a los fieles de nuestras Iglesias Particulares, a las Autoridades Civiles y a los Hombres y Mujeres de buena voluntad.

INTRODUCCION

Durante nuestra sesión ordinaria celebrada en Tapachula, Chis., los días 27 y 28 de agosto del presente año, hemos continuado la reflexión en torno a los acontecimientos que afectan la vida de los Estados de Oaxaca y Chiapas, donde se encuentran las Diócesis que componen nuestra Región Pastoral. También hemos analizado las repercusiones que dichos acontecimientos tienen en la vida nacional.

Nos preocupa todo lo que afecte la vida de los hombres y mujeres que están bajo nuestra responsabilidad pastoral, pues nuestro Señor Jesucristo, por el misterio de la Encarnación, quiso compartir todo lo humano, excepto el pecado. Dejó a su Iglesia en este mundo para continuar liberando integralmente al hombre de todas las ataduras y consecuencias esclavizantes en las que lo dejó el pecado y, por la acción vivificante de su Espíritu, ayudarle a vivir dignamente su condición de hijo de Dios.

Por eso, desde nuestra reunión del pasado mes de abril, como lo expresamos en la Reflexión Pastoral sobre Derechos y Cultura Indígena, nos propusimos:

Apoyar cuanto impulse la transformación de la sociedad mexicana, hasta que se implante la justicia social por medios pacíficos, en particular para los más marginados, como son los indígenas y las mujeres. (n. 63)

Fomentar la reconciliación dentro y fuera de la Iglesia, en las comunidades y en los grupos, promoviendo los cambios equitativos necesarios, evitando posturas excluyentes y enfrentamientos violentos. (Ibid.)

Denunciar los mecanismos injustos que a veces son avalados por las mismas leyes, para que los mexicanos vivamos en forma digna. Especial atención se ha de dar al problema de la tierra, para evitar diferencias sociales que aún persisten. Cuando se dé un cambio equitativo, habrá reconciliación (n. 64).

No reducir la tarea de la Iglesia al análisis de la realidad y a la denuncia del pecado social, sino anunciar siempre el misterio de Cristo muerto y resucitado (Ibid). Proclamar explícitamente... su nombre, su doctrina, su vida, sus promesas, su misterio, su Reino (Cf. EN 22).

Convertir a la Iglesia en un lugar teológico de reconciliación para amar al indígena y reconciliarse con él; quitar prejuicios contra ellos y la pastoral indígena; reconocer el valor de la mujer en la sociedad y en la Iglesia (n. 65).

24
Surge y se configura gradualmente, en otras palabras, el nuevo tipo de hombre para una nueva sociedad, no utilizando la violencia para destruir el edificio social, sino construyendo uno nuevo desde sus cimientos, abandonando gradualmente lo intransformable.

Pero además se registra ante la vista de todos la creciente solidaridad, la atención observadora a los acontecimientos transportados a los extremos del mundo por el correo electrónico, entre otros medios. Hasta hemos visto surgir, con ojos atónitos, una afluencia de visitantes solidarios, a quienes importa paritariamente la belleza de nuestros paisajes, los monumentos de nuestros antepasados y también el conocimiento de nuestros problemas presentes, pronunciándose en sus países positivamente en torno a ellos.

Con apoyo de la iniciativa privada se promueve el trabajo comunitario organizado, buscando nuevas formas de producción y venta; también, por medio de capitales revolventes, se crean microempresas.

Desde las instituciones oficiales se proponen proyectos para llegar a una paz con dignidad y justicia, conjuntando aportes económicos y asistencia técnica gubernamentales, con las iniciativas y proyectos de las mismas comunidades. Dichos proyectos van encaminados principalmente al desarrollo agrícola y a propiciar la autosuficiencia del trabajador del campo. Ha habido una reducción de intereses bancarios para las carteras vencidas.

Se han implementado algunas medidas para proteger a los migrantes y refugiados en nuestras zonas fronterizas. Dicha protección se ofrece de diferentes formas: defiendiéndolos de los asaltantes y de las autoridades irresponsables; registrando a los niños y niñas nacidos en nuestro territorio, aun cuando sus padres sean indocumentados; admitiendo en las escuelas oficiales a sus hijos e hijas y difundiendo la cartilla sobre derechos humanos de los migrantes.

ASPECTOS PREOCUPANTES

Como en la historia de la salvación se mezclan simultáneamente la gracia y el pecado, agradecemos a Dios su presencia a través de los aspectos esperanzadores que hemos señalado; pero también reconocemos otras situaciones que actualmente nos preocupan:

Continúa habiendo un deterioro económico creciente para los más necesitados, a pesar de que se siguen defendiendo las estrategias económicas oficiales.

Ante el desempleo y las dificultades para conseguir trabajo, el robo, el secuestro y el asalto se han convertido en una industria fácil. También, debido a las mismas causas, el negocio de la prostitución va en aumento y cada día son más numerosos los niños de la calle, a los que inhumana y se manipula.

Aun reconociendo los esfuerzos que se han hecho para combatirlos, la corrupción y el narcotráfico siguen haciendo su fatal escalada en nuestro país, dándose casos incluso en ambientes políticos y fuerzas de seguridad pública. El problema

de las drogas, que hasta ahora se había manifestado en nuestra región principalmente como siembra y tráfico, se manifiesta ya alarmantemente como consumo, aun entre indígenas y menores de edad.

Hay dilación en las soluciones reales y profundas a los problemas sociales y democráticos, lo que está propiciando el surgimiento de grupos armados que luchan por intereses parciales y espacios de poder. De ninguna manera aprobamos la violencia y las acciones guerrilleras; pero nos deben hacer reflexionar sobre la urgencia de avanzar en la transformación social.

En la mesa de Larráinzar se está planteando un modelo del país que se quiere, surgido del pensamiento de diversos sectores de la sociedad civil que han participado en los foros anexos a la mesa; pero se topa con la resistencia de grupos de poder que se oponen a los cambios. Lo cual facilita que otros grupos, con mayor o menor grado de violencia, se sientan autorizados para fomentar el cambio por los medios que ellos consideran legítimos. Esto explica la tendencia a un aumento en la militarización.

Persiste una grave deficiencia en la impartición de la justicia, lo que propicia la impunidad, la inseguridad y hacerse justicia por su propia mano. También esto está provocando el que se constituyan grupos armados. Al respecto, por parte de algunas autoridades, se percibe un dejar hacer, cuando no una connivencia franca con quienes organizan dichos grupos.

En general percibimos una carencia de valores éticos en nuestra sociedad, debido a una falta de formación de la conciencia moral de las personas y de la comunidad social. Consideramos esta falta de valores éticos, como la deficiencia de la que parten todas las demás.

Como Iglesia, reconocemos que hemos realizado una evangelización que no ha tocado a todo el hombre y a todos los hombres. Hemos dejado ausentes de nuestro trabajo pastoral sectores muy importantes de la sociedad que, definitivamente, son los que más influencia han tenido en la conformación del modelo social, de cuyas deficiencias estamos viendo las desafortunadas consecuencias en este momento de la historia de nuestro país.

REFLEXION DE FE

Nosotros hablamos como pastores desde nuestra experiencia de fe y esperanza, confiados en la promesa que Jesús hizo a su Iglesia: "Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,20) y con la certeza de que su triunfo sobre el mal es ya nuestro propio triunfo: "en el mundo tendrán tribulación, pero, ¡ ánimo!, yo he vencido al mundo" (Jn 16,33).

Como hombres de fe, creemos que Jesucristo es "el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6); por eso hablamos con la confianza de que quienes ya creen en El, se vean fortalecidos en su fe y quienes aún no lo aceptan, lleguen un día a participar de nuestra esperanza en El.

25

Desde la confianza de que el Señor resucitado, fiel a su designio salvador, no abandona al hombre, ni deja de estar presente en su Iglesia para que, actuando en su nombre, sea sal de la tierra y luz del mundo (Cfr. Mt 5,13-16), no podemos contemplar los males que nos afligen como algo irremediable o fatalista, al igual que aquellos que no tienen esperanza. Por el contrario, nosotros creemos firmemente que el Señor de la Historia quiere que saquemos mayores bienes que aquellos que hemos perdido con los males que nos agobian, pues, para los que buscan a Dios, todas las cosas, aún las adversas, colaboran para su bien (Cfr. Rm 8,28).

Jesucristo, que murió para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos por el pecado (Cfr. Jn 11,52), nos ha reconciliado con Dios Padre y entre nosotros mismos. A los cristianos, y particularmente a los obispos, nos ha confiado "el ministerio de la reconciliación" (2 Cor 5,18). Por ello, es necesario que todos nos convirtamos en constructores de la paz; que renunciemos al gesto amenazador y a las palabras ofensivas; que no causemos ningún daño a nuestro prójimo, y menos aún al más desamparado; que defendamos el derecho del otro; que perdonemos y seamos capaces incluso de hacer el bien a quien nos haya perjudicado, particularmente, que nos reconciliemos con Dios.

Ser portadores de la paz exige, pues la congruencia entre nuestra fe y nuestra acción, según aquello que se nos dice: enseña lo que crees y vive lo que enseñas; imita lo que tienes en tus manos, y configura tu vida con el misterio de la cruz del Señor (Cfr. Pontifical Romano: Ritual de la Ordenación).

Algunos podrían preguntarse: ¿si esta es la fe de la Iglesia presentada a los cristianos, ¿por qué siguen persistiendo tantos males en nuestra sociedad?

Somos conscientes de que nosotros mismos no hemos sido ajenos al progresivo deterioro de la vivencia de la fe, ya que nuestra evangelización no ha sido ni tan penetrante, ni tan atinada como para formar en nuestros fieles los valores éticos que deben guiar y transformar una sociedad donde prevalezcan los criterios del Evangelio.

Si en verdad fuéramos auténticos discípulos de Jesús, lo reconoceríamos como Señor y Salvador, tendríamos más fe y confianza en el amor de Dios Padre, en vez de desesperarnos ante los conflictos; nos amaríamos como hermanos, en vez de odiarnos, ofendernos y destruirnos. Si hay injusticias, mentiras y egoísmos, es porque los creyentes no hemos sido fermento en el mundo según pide nuestro compromiso bautismal de vivir conforme al Evangelio.

CONCLUSION

De una manera clara e incontrovertible se ve la presencia salvadora de Dios en nuestra Historia y resuenan esperanzadoras en estos acontecimientos las palabras de Cristo, afirmando las consecuencias positivas de su Resurrección: "No tengan miedo, yo vencí al mundo" (Jn 16,33).

Como cristianos, vemos que se nos hace concreto lo que nos exige el seguimiento de Cristo: tomar la Cruz en pos de El. El plan salvífico de Cristo,

Como pastores que recogen la experiencia milenaria de la Iglesia, "experta en humanidad", no proponemos un modelo económico o político, que dé salida a la crisis que vive nuestra región y nuestra Patria, sino que presentamos ante nuestros fieles y ante quienes tienen en este momento una responsabilidad en la vida política y en las decisiones que rigen nuestra vida económica y social, a Cristo, que en su propia persona, en su ser, en su pensar y en su manera de conducirse ante los demás, revela al hombre quién es el hombre.

Después del Sínodo sobre la Evangelización de 1974, el Papa Paulo VI en su Exhortación Postsinodal nos enseñaba que no sólo se trata de que realicemos una evangelización geográficamente más amplia; sino, principalmente, una evangelización cada vez en mayor profundidad, hasta llegar a las conciencias, los criterios de juicio, las pautas de comportamiento y a lo más profundo de las culturas para transformarlas (Cf. EN 19). Para lograrlo, debemos buscar y suscitar la creatividad de nuestros colaboradores, de manera que presenten a un Cristo vivo actuante en la historia y capaz de transformar todos los acontecimientos humanos en hechos salvíficos.

Así, nuestra evangelización ha de encaminarse a que quien la escuche adquiera una nueva mentalidad, teniendo en cuenta la necesaria proyección social que intrínsecamente lleva en sí la fe. Así, todo bautizado comprenderá que ser Iglesia es vivir ya, desde ahora, los valores del Reino de Dios; es tener ya la vida de Jesús y la felicidad de quien posee el mayor tesoro (Carta Pastoral "Para que la Justicia y la Paz se encuentren". Obispos de San Cristóbal, n. 70), que es la capacidad de amar como Cristo nos ha amado (Cfr. Jn 15,9-17). Sólo un amor como el de Jesús nos impulsará a decidir siempre en favor del bien común y a promover el desarrollo de cada persona, sea cual sea su condición (Cfr. Carta Pastoral ... n. 56).

Ante los obstáculos que retrasan el Reino de Dios y afectan a la Sociedad, nuestra evangelización tiene que realizarse con la plena conciencia del fermento renovador que el Evangelio posee en sí (Cfr. Mt 13,33), ya que no es posible lograr una nueva sociedad sin una nueva mentalidad personal y colectiva, y tampoco es posible lograr una nueva mentalidad si no nos proyectamos en la construcción de una sociedad nueva, confiados en el poder transformante y vitalizador del Evangelio (Cfr. Carta Pastoral ... n. 80).

A la base de esta nueva mentalidad, está aquella actitud humilde y a la vez responsable del que reconoce, por una parte, sus limitaciones, para depositar su confianza en el Todopoderoso, convencido de que "si el Señor no edifica la casa, en vano se afanan los constructores" (Sal 126,1), y al mismo tiempo, está dispuesto a aportar lo mejor de sus esfuerzos para vencer el mal con el bien (Cfr. Rm 12,21), ofreciendo a este mundo los valores del Reino.

Al estar propiciando una nueva mentalidad en la sociedad por nuestro trabajo pastoral, no queremos caer en un moralismo, que encierren al hombre y a la sociedad en sí mismos. Nuestro mensaje quiere ser evangélicamente liberador, de manera que induzca a saber discernir los límites que señala el Evangelio, actualizado por el Magisterio de la Iglesia, que nos abra a la hermandad, a la solidaridad y a sentirnos responsables los unos de los otros, a saber convivir, e inclusive conjuntar esfuerzos sanos con quienes no piensan o actúan como nosotros.

25

cabeza de la humanidad que implica la pasión, la muerte y el triunfo de su Resurrección; conlleva la compasión del cristiano: el cumplir, como dice S. Pablo, en nuestro propio cuerpo lo que le faltó a la pasión de Cristo. Es decir: todo el sufrimiento humano (incomparable por otra parte con la futura gloria), se hace vivencia salvífica y resurrección incoada en los avances de la gradual participación en la transformación de la sociedad en la historia.

Que por la intercesión de la Santísima Virgen de Guadalupe, forjadora de nuestra patria, el Señor, nos conceda la paz que imploramos, conforme a las palabras de Jesús: "Mi paz les dejo, mi paz les doy" (Jn 14,27).

Tapachula, Chiapas, 28 de agosto de 1996, fiesta de San Agustín.

+ Héctor González Martínez
Arzobispo de Oaxaca

+ Bartolomé Carrasco Briseño
Arzobispo Emérito de Oaxaca

+ Samuel Ruiz García
Obispo de San Cristóbal de L.C.

+ Fr. Raúl Vera López, O.P.
Obispo Coadjutor de San Cristóbal L.C.

+ Felipe Aguirre Franco
Obispo de Tuxtla Gutiérrez

+ J. de Jesús Castillo Rentería
Obispo de Tuxtepec

+ Hermenegildo Ramírez Sánchez, M.J.
Obispo Prelado de Huautla

+ Braulio Sánchez Fuentes, S.D.B.
Obispo Prelado de Los Mixes

+ Felipe Arizmendi Esquivel
Obispo de Tapachula